

EDITORIAL

La Medicina Deportiva necesita rejuvenecerse

La Delegación Nacional de Educación Física y Deportes, a través de su Servicio de Medicina Deportiva, inició en el año 1960 con plausible intención, los cursos para la obtención de títulos de diplomados en Medicina de la Educación Física y Deporte de todos aquellos facultativos interesados en la materia. Posteriormente una ley dictada por el Ministerio de Educación y Ciencia, confirió a dichos títulos el rango académico de especialidad médica. No interesa en esta ocasión destacar el notable paso adelante que dicho espaldarazo oficial supuso, —fue tema ya de una de nuestras editoriales—, ni tampoco las controversias últimamente suscitadas sobre la licitud de competencia de la Delegación Nacional para formar especialistas médicos, —podría ser tema en un próximo futuro—. El hecho concreto es que desde el año 1960 se han venido realizando una serie de cursos abreviados, y que en la actualidad cerca de 800 médicos españoles están en posesión del título de especialista en Medicina de la Educación Física y el Deporte. La celebración de dichos cursos abreviados fue interrumpida hace aproximadamente dos o tres años, con objeto de dar paso a la creación de la Escuela de Medicina Deportiva y el inicio de cursos de especialidad, de duración similar a los de otras escuelas profesionales. Motivos diversos, que no vienen al caso, han aplazado la entrada en funciones de aquélla y el inicio de éstos.

Hecha esta breve, pero necesaria, reseña de acontecimientos en torno a los cursos de titulación en Medicina Deportiva, vayamos al eje discursivo de nuestra editorial.

En principio hemos de convenir que la cifra aproximada de médicos titulados que señalábamos más arriba no cubre, ni con mucho, las necesidades del deporte nacional, pero es que por otra parte dicha cifra no tiene un valor absoluto, pues siendo innegable que en ella ni están todos los que son, ni son todos los que están, e imperando esta última circunstancia, la tal cifra queda notablemente reducida. De cara, por tanto, a las ambiciosas metas proyectadas por la Medicina Deportiva, y expuestas en el último pleno del Consejo Nacional de Educación Física y Deportes, —de las que damos reseña más amplia en este mismo número—, se hace necesaria una urgente y eficaz ampliación de base, incorporando a las tareas médico-deportivas un elevado y suficiente número de facultativos.

Ultimamente parece ser que la Delegación Nacional ha planteado el problema al Ministerio de Educación y Ciencia, instándose a autorizar la celebración de varios cursos con carácter abreviado que sirvieran de repesca definitiva a todos aquellos compañeros que, por circunstancias diversas, no hubieran podido en su día lograr su titulación en alguno de los ya celebrados. Esto, de hecho, puede suponer efectivamente un importante paso, si no para una eficiente ampliación del cuerpo médico en la especialidad, sí para reducir al mínimo la incomodidad del no estar todos los que son.

Ahora bien, la experiencia de más de doce años de práctica en Medicina Deportiva nos induce a plantear clara y abiertamente lo que es motivo de título en el editorial: *La Medicina Deportiva necesita juventud en sus filas. Es imprescindible que el interés vocacional por la especialidad llegue hasta las aulas de nuestras Facultades, aun antes de que salgan de ellas los futuros médicos con su título en el bolsillo. No podemos encerrarnos por más tiempo en el reducido campo de "divertimento" que supone hasta ahora nuestra especialidad. Si hablamos, y no nos cansamos de pregonarlo a los cuatro vientos, del amplio horizonte de investigación que abre ante el estudioso la fisiología del ejercicio, con contactos prácticamente exhaustivos con todas las especialidades médicas; si pretendemos una actuación médica generosa y de grandes magnitudes, extendida a toda la actividad física con carácter educacional o competitivo, hemos de convenir que una y otra exigen una dedicación y una entrega que, en gran parte de casos, ninguno de los que quizás lamentablemente hemos llegado demasiado pronto, estamos en condiciones de ofrecer.*

Es innegable que cualquier actividad humana —y la que nos ocupa quizás con más intensidad que cualquier otra— exige una constante y periódica inyección de savia joven que impida su inmovilismo y a la larga su momificación. Toda actividad humana requiere la entrega generosa del que tiene aún toda una vida por delante, plena de sueños y de afanes de lucha, matizada sí y equilibrada también por la experiencia de la madurez.

No pretendemos, ni mucho menos, plantear un problema de renuncia por jubilación forzosa, como parece ser moda de la época, porque en realidad en la futura y ansiada proyección de la Medicina Deportiva todos somos necesarios: los que estamos y los que pueden venir a trabajar con nosotros. Lo que si queremos significar es que si bien es importante que hombres de valor reconocido estén, no menos importante es que hombres cuyo valor se les supone puedan y deban estar.

La concesión de becas a estudiantes en Centros de Medicina Deportiva, la descentralización de la futura Escuela, la reserva preferencial de un determinado número de plazas en los cursos de la especialidad para médicos post-graduados, la programación en las Cátedras de Fisiología de Seminarios de biología del esfuerzo para alumnos de primeros cursos de carrera, etc., podría suponer un eficaz medio para despertar en el futuro médico o en el recientemente incorporado a las tareas profesionales, un interés vocacional por la especialidad.

En definitiva, lo que propugnamos es que la puerta de entrada a las tareas médico-deportivas sea de tan amplio acceso, que permita la entrada de hombres en cuyas espaldas erectas aún no se note el peso de los años.

J. G.